

XLIV PREGÓN EN
HONOR A NTRA.
MADRE Y SRA.
SANTA MARÍA DE LA
MERCED

21 de septiembre de 2023

Este pregón comenzó a escribirse el día 4 de septiembre del año de Nuestro Señor 2023, festividad de San Moisés, concluyéndose el día 12 de septiembre, festividad del Dulce Nombre de María.

*A Santa María de la Merced y
a una nazarena que sonríe con los ojos.*

Septiembre siempre fue volver...volver a Córdoba, volver a casa, volver a ti... septiembre siempre fue volver...siempre fue un mes para volver a empezar, para nuevos propósitos, para el reencuentro. Y así acudimos los mercedarios a San Antonio cada mes de septiembre, al reencuentro de la Virgen. A volver a encontrarnos cara a cara, como si fuéramos el hijo pródigo que regresa tras un verano alejado de Ella, tras un largo tiempo sin verte. Y qué ganas teníamos de verte...qué ganas de volver a mirar esos tus ojos, misericordiosos, que esconden en su profundidad la inmensidad del amor de tu Hijo.

Septiembre siempre fue volver...siempre fue volverse a enamorar, y qué manera de enamorar. Porque el verano, en su burbuja irreal, es protagonista de esos amores estivales intensos pero a la vez tan fugaces. Mas el amor de la Virgen posee la intensidad del sol de mil veranos y la permanencia infinita de la eternidad.

Septiembre siempre fue un regalo, siempre fue un regalo para cada mercedario, porque, a diferencia del resto de los cofrades de esta bendita ciudad, la Virgen nos regala un mes entero para nosotros, para Ella. Casi parece como si de otra Cuaresma se tratara, pero más íntima, más pura, más cierta. Y es que ¿acaso hay mejor manera para cargar pilas tras el verano que este sagrado mes? ¿Hay una forma mejor que la que Ella nos ofrece? Como queriendo decir: “aquí estoy otra vez, ven, acércate, coge fuerzas para un nuevo curso.”.

Septiembre siempre fue el retorno...feliz y esperanzador en unos casos, lleno de incertidumbre y dudas en otros. Pero al volver la mirada hacia a Ti, las dudas siempre se disipan, invadiéndome por todos los poros de mi piel la certeza de tu amor.

Y este septiembre, al regresar a la ciudad, me pareció el mismo decorado, pero con un guion totalmente distinto, las mismas caras, los mismos caminos, ahora todo es igual, pero nada es lo mismo. Todo parece igual, pero sin ti es distinto.

Septiembre siempre fue volver,
fue siempre regresar
a esta casa mercedaria,
a esta casa de hermandad.

Septiembre es aguacero
es la Fuente y manantial
que devuelve su esplendor
al marchito secarral.

Septiembre es el albor
que ilumina nuestras vidas
y que emana de tus ojos
como faro y luz de guía.

Septiembre es la venda
que sana las heridas
medicina de la fe
de tus manos repartida.

¡Volver, volver y volver!
No lo puedo remediar,
no lo puedo contener,
cuando llega ya septiembre,

no queriéndote perder,
yo no pienso en otra cosa
que en volver a Ti, Merced.



Rvdo. Sr. D. Francisco Javier Moreno Pozo. Rvdo. Padre Don Manuel García López. Junta de Gobierno de nuestra querida Hermandad. Hermanos mercedarios, familia, cofrades, amigos, buenas noches.

No podría continuar sin antes agradecerte y, además, de todo corazón, querido Juan, tus palabras que, ciertamente, me resultan excesivas y fruto sin duda de la sincera amistad que nos profesamos. Bien sabes que más que amigos somos familia y más teniendo en cuenta que compartimos no sólo una Madre, sino también un Padre en San Pablo. Mil veces gracias.

Esta noche, que alcanzamos el inicio de los días grandes de este bendito mes de septiembre, no puedo evitar recordar todos los días previos escribiendo esta exaltación. Les tengo que confesar que la totalidad del pregón ha sido escrita durante este mes, pues entendí que encontraría mayor inspiración en las sabatinas y en la intimidad de la iglesia que bajo la sombrilla a la luz del Lorenzo. Chascarrillos aparte, hoy delante de vosotros no puedo evitar acordarme de las noches escribiendo en la soledad de mi casa, invadido de incienso, junto a una estampita y un marco en blanco. No puedo resistirme a recordar todos estos días atrás, intentando zambullirme en lo más profundo de mi interior, y de todas esas visitas realizadas a hurtadillas a la presencia de la Virgen.

Hoy, como en cualquier otra Hermandad, hemos comenzado el solemne Triduo con el que cada año veneramos a nuestra Madre y en el que en cada edición se supera más la priestía. Sin embargo, el Triduo en la Hermandad de la Merced tiene un propósito añadido al del resto de hermandades.

¿Que a qué me refiero? Al día veinticuatro, como no podía ser de otra manera. Es tal la impresión de tenerte frente a frente ese día, Merced, que tus hijos necesitamos esos tres días de preparación, de adaptación, para que al verte entre nosotros no queramos cometer la locura de robarte un beso de tus rosadas mejillas.

No hay en toda Córdoba una mayor muestra de amor que la que tu Hermandad y tu barrio entero te brindan cada veinticuatro de septiembre a las doce de la noche. Y se dice pronto, porque podría resultar sorprendente abrir las puertas de una iglesia a las doce de la noche de un día cualquiera entre semana, y encontrarse la iglesia repleta. Podría resultar sorprendente, pero tratándose de Ti se me antoja la cosa más natural del mundo. Pues ¿quién no querría estar frente a Ti, aunque fuesen veinte segundos y a las doce de la noche?

La noche del veinticuatro,
a las doce da la hora
en que baja de su trono
la Divina Redentora.

No busquen explicación,
al cómo ha descendido,
pues no es forma natural
sino mandato divino.

Se acercaron cuatro mozos,
que emprendieron su camino,
e inclinaron sus cabezas
a los pies del baldaquino.

“Aquí estamos otro año,
los Arcángeles reunidos,
para llevarte flotando
al encuentro de tus hijos”.

Y alzaron con Ella el vuelo
en lo alto de su altar
Levantándola hasta el cielo
porque no fuera a rozar
sus pies el frío suelo
no se fueran a manchar,
tu blanca piel divina
no se puede mancillar.

Y plantaron un jardín,
de flor blanca entre la cera,
y en el centro colocaron
a toda la primavera
concentrada en tu belleza
como rosa verdadera.

Y a las doce las campanas,
y los sones de tu banda
y tu barrio en las aceras

esperando a que se abran
las puertas del mismo Cielo
en San Antonio de Padua.

Y la nube del incienso
y ese coro de hermandad,
las sonrisas y los llantos
y esa forma de mirar
a todo el que se te acerca
con la intención de besar
la mano más hermosa
que pudiera imaginar.

Y yo en ese pasillo,
impaciente por llegar,
se aceleran los latidos
y no dejo de rezar
cuando siento el pecho henchido,
avanzando hacia el altar,
y distingo tu figura
y tu rostro celestial.

Frente a frente ya, Señora,
frente a frente ya, Mamá,
yo me pierdo en tu mirada,
Tú me ganas por soñar
en que cada veinticuatro
septiembre puede esperar
que a las doce de la noche
esas puertas se abrirán,
y podré coger tu mano
y besarla una vez más.



Efectivamente, cada veinticuatro de septiembre tenemos la certeza de que ese portón se abrirá de par en par, pero, tal como sucede en la vida, no ocurre lo mismo con todas las puertas. Existen puertas abiertas, puertas por abrir o incluso puertas deseando ser abiertas. Sin embargo, también existen puertas cerradas a cal y canto.

En la noche del Lunes Santo
hay una puerta cerrada,
custodiada entre naranjos
junto a una cuesta encalada.
En la noche del Lunes Santo
hay una puerta cerrada,
que debiera estar abierta,

aunque fuese madrugada.

Han pasado ya las horas
la Virgen viene cansada,
Arruyada entre varaes
y entre suspiros de plata,
por derramar por las calles
de la ciudad que le aclama
el amor que a borbotones
de las manos se le escapa.

Con su gracia soberana,
con sus aires de grandeza
y a la vez esa humildad,
que a todo un pueblo embelesa,
cuando viene caminando
con su porte de Princesa,
derrochando su merced
por las calles cordobesas.

La Virgen viene cansada,
como cansada va la cera
de ofrecer su hermosa luz,
alumbrando las tinieblas,
y reflejando en los portales

eslabones de cadenas
bordados en bambalinas,
como símbolo y bandera,
de la patria mercedaria,
de este barrio sin fronteras.

La Virgen viene cansada,
y ese cansancio culmina
al son de “La Madrugá”,
En una mano infinita,
grabada en el recuerdo,
-bendita suerte la mía-
de estar bajo sus plantas
andando en Santa Marina.

Y si la Virgen viene cansada
¿por qué le negáis la espera?
si no lo hace su flor,
si no lo hace su cera,
vosotras que sois esclavas
del de la Cruz de madera
tenéis la puerta cerrada
a una Hermandad entera
después de visitaros

durante tres decenas.

¿No sabéis lo que la Virgen
sueña cada primavera?

Sueña que alcanza la calle
Mayor de Santa Marina,
Mayor de la Merced,
dice alguno todavía...

Sueña con la imagen
que en los muros se adivina,
con su sombra de perfiles
encuadrada en bambalina.

Sueña con la luna,
sueña con los balcones,
con naranjos, azahar,
adoquines y con los sonos
de una banda que la acuna
al compás de corazones.

Sueña, al fin y al cabo,
con su sueño y con el mío,
el de toda una Hermandad,
el de un barrio y sus vecinos:

sueña que es llevada,
en volandas, cual Señora,
de San Antonio de Padua
hasta unas monjas que imploran
en el Colodro a su Hijo,
que en el Sagrario ya aflora,
preguntándose, María,
por qué la Merced llora
si es llevada por sus hijos
en un baile que enamora.

Y el sueño se cumple en parte,
en rosario de la aurora,
sencilla llevada a hombros
por un barrio que le adora.

Mas no es ese su deseo,
pues la Virgen siempre añora
las noches de Lunes Santo
en las que daba igual la hora
y en lo alto de su palio,
cual divina Emperadora,
se asomaba a aquella puerta
y en sus ojos, Triunfadora,
el reflejo de los rostros
de unas monjas cantaoras,

traspasaban hasta el alma
de esta Virgen Soñadora
que ya hace ocho años
que su paso no aminora
al pasar por el convento
de sus hijas, servidoras,
que esperaban, complacientes,
la Merced de su Señora.



¿Qué tendrá esta Hermandad para atraparnos de esa manera? ¿Qué es lo que tiene la Virgen para encadenarnos a sus plantas como lo hace?

Siempre me ha resultado curioso aquellos, no pocos, casos en los que una persona es cofrade sin haberlo recibido de nacimiento. Siempre me ha llamado muchísimo la atención, porque además, en mi caso, nací en una familia en la que las cofradías se hallaban a la orden del día. Y cuando me encuentro con alguien que se ha dejado enamorar por este mundo sin haber recibido ninguna influencia directa, siempre pienso: algo tendrá el agua cuando la bendicen.

Hace diez años, yo era un cofrade que vivía su fe en sus hermandades de Buena Muerte y Expiración, que disfrutaba, como todos, del resto de las magníficas cofradías que Córdoba nos ofrece. Pero nada más. No podía imaginar, ni por un mísero instante, que pudiese llegar a amar a otro Titular o a otra Hermandad. Pero entonces apareciste Tú, aquel Lunes Santo de hace ahora diez años...en San Zoilo yo te esperaba, para poder verte, Merced, en tu palio de Soberana, desde el que cada año nos miras embelesada, en esa danza de ensueño, por campanillas llevada. Fue entonces tal mi asombro, ante tu gracia, Sultana, que juré no abandonarte y allá donde Tú pisaras, estaría yo, Señora, con costal y las alpargatas.

Y desde aquella noche en la que la calle San Zoilo pareció quedar vacía...¿qué digo vacía? Lo que estaba era abarrotada, abarrotada de tu presencia, repleta de tu amor, colmada de tu gracia, invadida de tu belleza y aún así...sólo estábamos Tú y yo allí. Desde aquel preciso momento, comencé, poco a poco, a entender cómo alguien podía llegar a ser cofrade sin haberlo recibido de nacimiento. Porque desde ese día comencé a ser, a estar y a sentir en mercedario pese a vivir tan alejado de tu barrio.

Cofradía se es un día al año, Hermandad, los 364 restantes. Y eso es lo que encontré en la Merced. Una Hermandad con mayúsculas, con todas las acepciones que la palabra hermandad pueda tener. Porque, por desgracia, lo que aquí es la norma y del todo natural, no ocurre en otros lugares de esta ciudad.

Y ese hermanamiento, ese sentimiento que durante todo el año se ha ido cultivando y regando, termina por florecer en la tarde noche del Lunes Santo, en la que tus hijos, con el mayor de los orgullos por llevar bordado al pecho tu escudo, acuden a la Catedral. Y lo hacen con el rigor del que conoce el sentido de una Estación de Penitencia, venciendo, contra viento y marea, todos los obstáculos que la distancia y el reloj nos ponen por delante. Decidme, mercedarios, ¿No os invade una sensación de orgullo cada vez que nuestra Cruz de Guía cruza la puerta de la ciudad de San Rafael puntual y fiel a su cita? Que vengan, que vengan y nos digan qué se puede y qué no, que nos señalen desde la distancia que nos separa y nos digan que es imposible, porque nosotros sabemos que a su lado, todo se puede, que Ella todo lo puede; lo sabemos con la misma seguridad que yo sé que volver atrás en el tiempo no es imposible, que el tiempo puede ir al revés, porque al mirarte a los ojos siempre vuelvo al día en que me enamoré de ti y dije: ella, no sé por qué, pero mil veces ella.

Y así es cómo la Virgen y cómo esta Hermandad te atrapa, desde el más pequeño de los roquetes hasta Don Rafael Rodríguez Noguerras, desde el principio y hasta el final con Ella.



Una vez abandonadas las profundas y hermosas naves de la Catedral, comienza otro Lunes Santo con la vista puesta en nuestro barrio del Zumbacón. La “prisa”, o mejor dicho, el compromiso para con la ciudad, deja paso al disfrute y a la valentía de quien, aún sabiéndose lejos de casa, pretende hacer las cosas con el mayor de los esmeros.

Y resulta curioso porque, cada año, al salir de la Catedral, aún aguardándonos todavía un largo trecho, siempre tengo la sensación de que el Lunes Santo se nos escapa de las manos. Y es que nunca nos parece suficiente el tiempo que pasamos a vuestro lado.

El Sol se hunde ya lentamente, encendiendo el cielo de sombras ardientes de rojo y naranja... Pronto el día se hará noche, trayendo consigo, otro año más, esa Luna de Nissan que esconde en su brillantez la verdad de todas las cosas. Calle tras calle, hora tras hora, relevo tras relevo...para devolveros, de nuevo, al barrio que os vio nacer.

El barrio del Zumbacón,
sus vecinos y su gente,
espera que de la hora,
agitado e impaciente,
de que vuelvan a sus calles
entre cirios penitentes,
una Madre con su Hijo,
llevados por la corriente.

Coronado de plegarias,
en un trono sin igual,
el Señor va caminando,
presentado a la ciudad

y azotado por las cañas
cual terrible tempestad,
mientras carga los pecados
de toda la humanidad.

Y en las aceras su pueblo
busca cruzar su mirada,
mas resulta imposible
pues la misma está clavada
en la Luna de Nissan,
temerosa y agotada,
buscando el amor del Padre
en esa noche estrellada.

Y para hacerle el camino
más liviano al Zumbacón,
le acompañan con cornetas,
y medalla al corazón,
unos hijos mercedarios
con fajín y la ilusión
de llevar en sus bordados
el nombre de Coronación.

Mas no estás solo, mi Señor,
pues además de aquella banda,
unas calles tras de Ti
bajo un palio que la guarda
te acompaña, fiel, María,
como Madre que te ama,
y que llorosa entre varaes
encendía la noche en llamas.

y ansiosa subió la cuesta,
junto a esa puerta cerrada,
para llegar a su barrio
rozando la madrugada
que con su brisa divina
de azahar embriagada
acariciaba a la Virgen
en sus perfiles de nácar.

Y en Cruz Blanca un capataz
toca el martillo de plata,
con la bondad de la infancia,
sin traje negro ni corbata,
con la inocencia de un niño
a la trasera nos llama

pidiendo que levantemos
a una Madre que rescata
a cada uno de sus hijos
y la enfermedad arrebatada.

Y tu barrio continúa
ofreciéndote su amor,
los poemas, petaladas,
la saeta del balcón,
hasta el giro de la entrada
levantando al mismo son
que marca el Ave María
que toca Coronación.

Ya en tu casa, Mercedaria,
otro año que se ha ido,
yo llorando entre los besos
y Tú arriba de testigo
de la fe que te profesan
en tu barrio vuestros hijos,
en la noche cordobesa
de azucenas y de lirios
que te aclaman cuando pasas
en un sueño compartido

por la espera, la alegría
y el amor tan desmedido
que os entrega vuestro barrio
Por los siglos de los siglos.



¿Cuántas lágrimas tiene la Virgen, mercedario? ¿Cuántas lágrimas
rocían su rostro? ¿Cinco? ¿Seguro?

Para ya prácticamente finalizar, no me resisto a compartir con
vosotros una historia. Es la historia de dos niños que vinieron tiempo ha
desde su pueblo para aterrizar a los pies de la Virgen; la historia de una vida
dedicada a su hermandad; la de dos manos que comenzaron y pusieron
juntas punto final.

Érase que se era
dos niños, dos hermanos,
que cada primavera
suspiraban ensoñados
por estar siempre a tu vera
con costal y faja en mano.

Era tal la ilusión
que mostraban, Madre mía,
que a falta de razón,
pues ejemplo no tenían,
pusieron el corazón
al servicio de María.

Sin quererlo ni beberlo
aquellos dos hermanos,
pues no lo pretendían
ni en sus sueños más lejanos,
se encontraron frente a Ella
y el martillo entre sus manos.

Y vinieron años duros
luchando con lo que había,
que no era mucho, más bien poco,
¡Pero qué costaría!
Para hacer de lo imposible
el pan de cada día.

Pero fue pasando el tiempo,
y lo que antes se intuía
terminó siendo bien cierto:

además de poesía,
cultivó el conocimiento
que a sus hombres transmitía.

Y las formas del ensayo
poco a poco fue cambiando,
desde “El Pisto” al Zumbacón,
cuatro medios y “zumbando”,
a las vigas de hormigón
que pudieron ir forjando
la cuadrilla que enamora
caminando el Lunes Santo.

Y los años transcurrieron
y el tiempo fue pasando,
y aunque nunca satisfecho,
siempre en pos de ir mejorando,
comenzó a disfrutar,
pues su Virgen, paseando,
fascinaba a una ciudad
con su forma de ir andando.

Y entonces se permitió
poder mirar arriba,
y allí mismo se encontró
con los ojos de María
clavándose en los suyos
como nadie más lo hacía.

Y allí mismo le contaron
sus esperanzas y sus desvelos,
sus secretos más profundos
las verdades y los anhelos
que soñaban que alcanzaban
levantándote hasta el Cielo.

Y mientras Tú caminabas
levitando por el suelo,
en sus caras dibujabas
las sonrisas que despiertos
anhelaban regalarte
cuando eran dos mozuelos.

Mas los años se rompieron
y llegó el triste momento
de pasar el fiel testigo
a dos jóvenes talentos,

que sin duda elevarán
más arriba los cimientos
conservando tu amistad,
tu fervor y sentimiento.

Y anunció la retirada,
sin alardes ni aspavientos,
más humilde que esperaba,
en total recogimiento.

Un salón, sus costaleros,
un abrazo que es ya eterno,
el vaivén de corazones
por un mismo son latiendo.

Y entonces cayó en la cuenta
de que aquello se acababa,
que no habría más momentos
de perderse en tu mirada,
que delante de tu palio
cuarenta años son nada.

Y quiso decirte entonces
todo aquello que callaba,
y lanzarte mil piropos

siendo el niño que jugaba
a ser tu costalero
cuando nadie más soñaba.

Y avanzando por las calles
dos hermanos se miraban
sabiendo que, en tu barrio,
Madre, todo terminaba,
mientras abrían su pecho
y rezando te aclamaban:
“Mi Señora, mi Merced,
hasta aquí nuestro camino,
ahora ya que es el final
solamente te pedimos,
que aunque pasen los milenios
no te falte nunca un mimo.

Que te arrope tu manto
y el frío se desvanezca,
que cimbreen tus candelabros
de gozo y gracia plena,
que golpee tu martillo
y el dolor desaparezca,
que te acune tu peana

y entre sueños Tú te duermas,
que borden tu techo palio
piropos desde las aceras,
que te lleven de puntillas
bajo las trabajaderas,
que coloquen un fajín
en tu talle y tus caderas
y muestren a todo un pueblo
tu hermosura y tu belleza.

Que te coronen de oro,
de encajes y de perlas,
que te porten en tu palio
enseñando tu grandeza.

Que en el suelo por donde pises
una alfombra se te extienda,
para que hasta los adoquines
bajo ella se estremezcan,
cuando sientan que ya vienes,
cuando sientan que te acercas.

Que te lleven, en fin, Señora,
como siempre te han llevado,
con tu amor en su interior
y el mayor de los cuidados,

durante cuarenta años
estos dos buenos hermanos.

Hasta siempre, Merced nuestra,
es la última chicotá,
caminando lentamente
por tu patio de hermandad.

Agarraron el martillo
con sus manos por igual
y pusieron a este sueño
el mejor punto final.

¿Cuántas lágrimas tiene la Virgen?

¿Llegaste a contestar?

Mira bien, no son cinco,

acércate y verás

que desde el Lunes Santo pasado

hay una lágrima más,

porque tras toda una vida

dedicada a su hermandad,

la Merced llora sabiendo

que se fue su capataz.



Ahora sí, sólo me queda agradecer a esta, mi querida Hermandad, el honor que esta noche me ha brindado, no sois conscientes del inmenso regalo que, en la noche de hoy y durante todo este mes, me habéis hecho. Pero por encima de todo, no puedo finalizar sin darte las gracias a Ti, Madre.

Los que me conocéis bien, sabéis que este está siendo un año complicado para mí en lo personal, y que este pregón llegaba en un momento difícil. Pero eso ya lo sabía la Virgen. Y lo que algunos llaman coincidencia o casualidad, yo prefiero llamarlo, como dice un buen amigo mío, “diocidencia” o “diosidad”.

Durante este mes, me has puesto contra las cuerdas, Merced, me has apretado al máximo, has hecho que buscase tanto y tanto en mi interior que hasta he llegado a pensar que vivía dentro de este pregón. He hablado mil noches contigo, y te he pedido fuerzas cada mañana para seguir recordando todas esas cosas que me hacen daño recordar.

Mas Dios aprieta, pero no ahoga, y Tú, como Madre, sólo querías lo mejor para mí. Porque también me has entregado un Lunes Santo infinito que ha durado casi un mes, y como en el Lunes Santo, ha habido momentos llenos de ilusión, instantes para sacar fuerza de flaqueza, chicotás de valentía y relevos en los que seguir buscando nazarenos que sonrían con los ojos.

Y por todo ello, Merced, no puedo más que renovar aquella promesa que te susurré al oído en la calle San Zoilo y jurarte que nunca te abandonaré, porque Tú, incluso en mis mayores miedos, nunca lo haces.

A darte gracias, Madre mía,
a eso vengo yo esta noche,
a decir con valentía,
que merezco tu reproche
y a encontrar la melodía
que tu alma me derroche.

A darte gracias, Madre mía,
por estar siempre a mi lado,
por tenderme cada día
las bondades de tu mano,
y atender mis reflexiones
en las noches que he llorado.

Tan sólo te pido, Madre,
que no me dejes de escuchar,
que me sigas señalando
como debo de actuar,
y que ahora pase el tiempo,
porque tiene que pasar,
mas mi amor por ti no pasa
no lo hace ni lo hará.

Mis defectos, mis errores,
no los puedo remediar,
pero puedo prometer,
y es testigo esta Hermandad,
que tú me empujas a ser mejor,
tú me impulsas a cambiar,
con tu ayuda, Madre mía,
sé que yo puedo alcanzar
aquello que me proponga
y que me has de demandar.

Y yo humilde, a cambio de eso,
Te prometo una vez más,
seguir siempre encadenado,
no Te voy a abandonar,
ni en las buenas, ni en las malas,
Junto a Ti en tu caminar
¡Y gritar a los cuatro vientos
hasta no poder chillar,
que estaré Merced, a tu lado,
y Contigo hasta el final!

He dicho.